

2. MUJERES DE CUIDADO

«La cesta de Moisés no naufragó porque un soplo de amor la acompañaba.»

Claribel Alegría

La infancia de Moisés está rodeada de mujeres transgresoras, *mujeres de cuidado*, en el doble sentido de esta expresión, sin cuya colaboración el proyecto de vida y justicia de Yahvé para su pueblo se habría ido al traste.

2.1. Las mujeres del Éxodo como paradigma de la articulación entre cuidado, justicia y salvación

Miriam es la primera mujer a la que la Biblia llama profeta (Ex 15,20). Enviada por Dios junto con sus hermanos Moisés y Aarón para dar respuesta al clamor y el sufrimiento de su pueblo bajo el yugo de los egipcios, es protagonista y testigo con ellos de su liberación. Esta mujer visionaria y valiente observa desde el principio cómo la providencia de Yahvé va tejiendo la salvación de su pueblo mediante una red de mujeres compasivas que protegen a su hermano indefenso del abismo de la muerte. Ellas participan en la creación de ese entra-

mado salvífico y son capaces de ver en la debilidad de una criatura desvalida la salvación de Dios que se está gestando, su fuerza liberadora actuando en la historia.

Ellas constituyen un paradigma de la articulación entre la justicia y el cuidado que hace posible la vida buena y la salvación para todos, empezando por los últimos. Lejos de cualquier visión espiritualista, la salvación se va tejiendo en la vida cotidiana desde la respuesta libre y responsable de estas mujeres que no se cierran a su propia carne y se convierten así en cauces de gracia para Moisés, al que sacan de las aguas de la muerte y, también para todo un

pueblo que sufre la dominación política y la explotación laboral. El Dios que se conmueve e interviene en la historia en favor de los que sufren lo hace siempre con la colaboración de personas audaces y decididas, como estas mujeres.

La narración del libro del Éxodo describe con detalle cómo van “tramando” la salvación del niño, la convergencia de sus decisiones individuales en favor de la vida da un vuelco a una situación que parecía irremisiblemente perdida, dado el desequilibrio de fuerzas. El Faraón había ordenado a sus hombres que arrojaran al Nilo a todos los varones hebreos recién nacidos, pero gracias a la insumisión de un puñado de mujeres valientes, sabias y compasivas, Moisés sobrevivirá. Primero las comadronas hebreas Séfora y Puá, las primeras objetoras de conciencia de la historia, que encuentran el modo de subvertir las órdenes del Faraón de matar a todos los varones hebreos recién nacidos, sin pagar con su vida su insumisión (Ex 1). Después la madre de Moisés, que tras dar a luz al niño y «viendo lo hermoso que era», lo esconde durante tres meses.

El texto hebreo utiliza la misma expresión del Génesis: *tob*, que significa bueno, grato, hermoso, conveniente. Es un término vinculado a la dicha y al goce. La madre que acaba de dar a luz se maravilla ante la belleza y la bondad de la criatura de sus entrañas en sintonía con el Dios del relato de la Creación que se maravilla al contemplar la belleza y la bondad de su creación, su consistencia y su dignidad. Cuando ya no puede ocultarlo por más tiempo decide depositarlo en una cesta en la orilla del Nilo

con la esperanza de que alguien lo recogiese. Miriam, la hermana, «observaba a distancia para ver en qué paraba aquello». Cuando la hija del Faraón descubre la cesta y se encuentra al niño, se conmueve, sin importarle que sea un hebreo. Miriam está allí, viéndolo todo, y decide intervenir. Propone a la princesa buscar una nodriza hebrea que le críe el niño y consigue que contrate a la madre del niño. Cuando el muchacho, tras haberse criado en su familia de origen, creció, se lo lleva de nuevo a la hija del Faraón, que lo adopta como hijo y lo llama Moisés (Ex 2,1-10).

La sensibilidad de las mujeres traspasa todo tipo de diferencias, está por la vida

El texto refleja una sensibilidad específica de las mujeres que traspasa las diferencias culturales, religiosas y temporales. También hoy las mujeres son las primeras en movilizarse para buscar a sus hijos desaparecidos en las dictaduras y en las guerras, y las primeras en organizarse y protestar cuando los desastres ecológicos o medioambientales amenazan la vida, la salud y la subsistencia de sus hijos y de la comunidad. Nada se nos dice del padre de Moisés. En cambio, tanto la madre como la princesa deciden ignorar la razón de estado que invocan los hombres. Por encima de la despiadada lógica política del Faraón, estas mujeres están por la vida. Su sensibilidad para percibir su belleza y su valor intrínseco, y su ternura entraña-

ble, las convierten en colaboradoras de los planes de Dios y de la obra de la salvación.

Miriam prepara eficazmente los caminos de la liberación. No pierde la esperanza y está vigilante, observa e interviene en el momento oportuno. La compasión de estas mujeres es un contrapunto al corazón terco y endurecido del Faraón, que se irá manifestando en el desarrollo de la historia (Ex 7,3). Cuando más adelante Moisés ofrezca al Faraón el papel de liberador del pueblo, éste, obsesionado por afirmar su poder, lo rehúsa (Ex 32,15). Le puede más el ansia de poder que el amor a la vida. Dios humilla su soberbia. La derrota es estrepitosa, y Miriam está allí para cantar la grandeza de su Dios. Todas las mujeres danzan al son de su pandero para celebrar festivamente el cumplimiento de sus promesas, la liberación de la opresión (Ex 15,20-21). El Dios de la vida, la alegría y la libertad danza con ellas, danza en su danza.

2.2. La obra del amor radical

«Si la no violencia es la ley de la naturaleza humana, el futuro pertenece a las mujeres.» (M.K. Gandhi)

El cuidado tiene mucho que ver con la relación, con la capacidad de amar, de comprender y acoger los sentimientos del otro, de hacerse cargo de sus necesidades y de reconocer y fortalecer su dignidad, su autonomía y su vida en plenitud. Desde la perspectiva de la ética teológica feminista se ha insistido mucho en la importancia ética de la relación y del cuidado. La teóloga Beverly

Wildung Harrison ha definido la ética cristiana como la obra del amor radical, que consiste en las luchas cotidianas por crear una comunidad de carne y hueso, de amor y de justicia.⁴ Desde la experiencia histórica de las mujeres la *actividad* como forma de amar es central. Esta propuesta puede inspirar una espiritualidad y una ética cristiana del cuidado y la justicia que preste más atención a la importancia de las relaciones, y no sólo al sujeto o a los análisis de carácter estructural.

El auténtico poder de las mujeres es el de haber sido arquitectas de lo más humano en la persona

En todo el mundo y en todas las culturas las mujeres han tenido y siguen teniendo como prioridad y responsabilidad las actividades cotidianas que hacen posible la supervivencia humana. Por eso, en todas las civilizaciones, el auténtico poder de las mujeres, que todavía no ha sido ni es suficientemente reconocido, es el de haber sido arquitectas de lo más humano en la persona. Ellas han sido y son las principales constructoras de dignidad humana y de comunidad: «Las vidas de las mujeres se han distinguido no sólo por su capacidad de transmitir la vida, biológicamente hablando, sino de alimentarla y cuidarla, lo cual es un poder social y cultural. Aunque nuestra cultura haya menospreciado el papel de la mujer, este poder

nutricio es formidable». Frente a la imagen de “la buena mujer” inventada por la espiritualidad burguesa tardía, «las mujeres han sido siempre un vivo ejemplo del *poder de la actividad* frente a la pasividad, de la experimentación frente a la rutina, de la creatividad y el riesgo frente a los convencionalismos».

Desde estas experiencias históricas las teologías feministas cristianas en todo el mundo, y especialmente las corrientes ecofeministas, ponen en el centro de la ética la creatividad moral radical del ser humano, su poder para crear un mundo moral de relaciones. A partir de la experiencia histórica de las mujeres descubrimos que ser sujeto moral consiste en ser un *agente recíproco*, que crea lazos con los otros y conforma y configura su identidad y su personalidad y la de los otros en esas relaciones.

Con nuestros actos de amor
o de desamor
podemos crearnos
o destruirnos unos a otros

Ello implica una enorme responsabilidad que ha sido subestimada por la tradición ética cristiana: el poder de la acción en el amor o la negación del mismo. La ética teológica cristiana tiene que colocar en el centro la relación, la tremenda verdad de que por nuestros actos de amor o de desamor tenemos la capacidad de crearnos o de destruirnos unos a otros. Algo que a menudo se olvida, centrando la espiritualidad exclu-

sivamente en la relación con lo sagrado y la interioridad y el análisis moral en la pureza de la intención, en una consideración puramente abstracta o sentimental del amor o en cuestiones normativas. Pero al igual que nos cuesta entender el inmenso poder del amor, que es la capacidad de actuar unos-en-otros-para-el-bien, tampoco llegamos a calibrar nuestro poder para frustrar la vida y mutilarnos unos a otros. Frente a una visión de la moral excesivamente individualista o puramente abstracta y racional, Harrison plantea una cuestión medular para la ética teológica y la espiritualidad. Ambas deben ayudarnos a tomar conciencia de que «tenemos la fatídica opción de dejar que el amor de Dios opere libremente en el mundo o de privarnos unos a otros de lo más fundamental de la persona y de la comunidad». Desde la perspectiva teológica este poder radical de la actividad humana es el elemento crucial en el drama de Dios con el ser humano.

No somos semejantes a Dios en nuestro “poder humano”, en el dominio sobre otros, sino *en la obra del amor*, que consiste «en profundizar y ampliar las relaciones humanas, en la comunicación, la fuerza del cariño y de la atención al otro, en tender lazos de comunidad». El poder de negarse a recibir y dar amor, negando así el don de la vida, es más temible que el poder de la tecnología y al mismo tiempo más frágil y complejo.

En un mundo complejo y globalizado la obra del amor radical exige el ejercitarnos en una compasión inteligente y creativa y el desarrollo de una espiritualidad de la resistencia. La lógica eco-

nómica del mercado no es compatible con la lógica humana del cuidado. Como en los tiempos de las mujeres del Éxodo, hoy también necesitamos una ética y una espiritualidad de la compasión política e inteligente.

2.3. La reivindicación feminista del cuidado: la voz del cuidado y la voz de la justicia

A finales de los años setenta del siglo xx, Carol Gilligan puso el *cuidado* en el centro del debate ético, rescatando la voz moral silenciada de las mujeres. Sus estudios de psicología del desarrollo moral mostraron que varones y mujeres tienden a resolver los dilemas morales de forma distinta. Gilligan demostró que existen dos lenguajes para codificar el mundo moral: la “voz femenina” y la “voz masculina”. La preferencia femenina por los juicios morales contextuales y su valoración de las relaciones, frente a la preferencia por los juicios universalistas, mostraban no una deficiencia, sino una diferencia en el punto de vista moral. Los valores apreciados según el punto de vista moral masculino promueven individuos autónomos, capaces de tomar decisiones acerca de lo justo y lo injusto desde condiciones de imparcialidad. El punto de vista moral femenino considera y protege las relaciones humanas, se hace cargo de los débiles y considera en cada caso a las personas concretas en los contextos de acción concretos. Mientras que la ética de la justicia se centra en los principios morales generales y considera los problemas morales como conflictos de derechos, *la ética del cuidado se*

centra en la adopción de comportamientos concretos de atención y solidaridad con las personas más frágiles y empobrecidas.⁵

¿Hay que entender esta diferenciación en el sentido de que el primero es el lenguaje de los varones y el segundo el de las mujeres? En absoluto, más que de diferencias en función del sexo habría que hablar de disociación de estos valores dentro de cada hombre y de cada mujer, de división funcional de tareas, y desvalorización del cuidado frente a la justicia. Aunque estadísticamente hombres y mujeres se inclinan más en un sentido o en otro, la *ética de la justicia* y la *ética de la compasión* son un bagaje común y necesario para alcanzar la madurez moral en ambos sexos. Ambas inciden en valores imprescindibles que cada varón y cada mujer han de aprender a conciliar.

El cuidado de los otros es cuestión relevante para la ética y la vida pública

Hasta ahora la teoría ética y política tradicional no han considerado relevante la cuestión del cuidado para la ética y la vida pública. Pero como ha mostrado la teoría política feminista, el cuidado de los otros es condición de posibilidad de la existencia del sujeto moral, y sin él no hay ética ni política. La cuestión del cuidado no es meramente un asunto doméstico o del ámbito privado, en contraposición a la esfera pública.